

GASPAR, ENRIQUE (1842 –1902)

ATILA

PERSONAJES

ILDICO

MUJER 1.^a

ÍDEM 2.^a

ÍDEM 3.^a

ESCLAVA 1.^a

ÍDEM 2.^a

ÍDEM 3.^a

ÍDEM 4.^a

ATILA

PAPA LEÓN

ZERCÓN

ARDARICO

SOLDADO 1.^o

ÍDEM 2.^o

ÍDEM 3.^o

ÍDEM 4.^o y FLAVIO

ÍDEM 5.^o

VALAMIRO

VIDEMIRO

TEODOMIRO

UN ESCALDO

UN ARÚSPICE

UN HECHICERO

UN SACERDOTE

Senadores, sacerdotes, esclavos, coperos, soldados de varias hordas, etc., etc.

Año 453

ACTTO I

El campo ambuleo en el confluente del Po y del Mincio. Vista de Mantua sobre el fondo derecha. Los primeros términos ocupados por carretas sármatas, en las que acampan las mujeres y los hijos de las hordas hunas. Arnese, escalas y pertrechos de guerra en todas

direcciones. Este panorama se repite indefinidamente aumentando en lontananza con tiendas de estilo tártaro entre las que pacen las bestias del equipo y los ganados de los ejércitos nómadas de Atila.

Escena I

Mujeres confeccionando trajes dentro de las carretas, SOLDADOS HUMOS y ESCLAVOS procedentes de la toma de Aquilea, que aquellos se distribuyen.

SOLDADO 1.º

¡Mucho esta turba vocea!

(Tratando de sofocar los lamentos de las esclavas.)

LOS ESCLAVOS

¡La muerte!

SOLDADO 1.º

¡Basta!

LOS ESCLAVOS

¡La muerte!

SOLDADO 2.º

(Amenazándolas.) Callad, o sufrís la suerte de los muros de Aquilea.

ESCLAVA 1.^a

¡Mi hijo!

ESCLAVA 2.^a

¡Mi esposo!

ESCLAVA 3.^a

¡Mi hermano!

VARIOS ESCLAVOS

¡Nuestra patria!

OTROS

¡Nuestro hogar!

SOLDADO 1.º

Fuerza es hacerles callar con el peso de la mano.

(Golpeando a los esclavos, que quedan confundidos.)

SOLDADO 3.º

¡Parece que el ruido amengua!

SOLDADO 1.º

Pues si otra vez se declara
para azotarles la cara
nos valdremos de su lengua.

MUJER 1.^a

¿Son cautivas?

SOLDADO 2.º

Sí lo son.

MUJER 2.^a

Mezquino anduvo el botín.

SOLDADO 3.º

Y aun suerte ha sido que al fin
nos tocara esta porción.
Los gépidas y ostrogodos
que atacaron la derecha
han sacado de la brecha...
una esclava para todos.

MUJER 1.^a

¿Acaso hallasteis desiertas
de mujeres las moradas?

SOLDADO 2.º

¡Qué desiertas! Atestadas.

MUJER 2.^a

¿Pues dónde están?

SOLDADO 1.º

Allí, muertas.
Luchó el mujeriego bando
con tal bravura, que entiendo
que juraron ir muriendo
a condición de ir matando.

MUJER 3.^a

¿Y qué es de Aquilea?

SOLDADO 1.º

Fue.

MUJER 1.ª

Yo al pasar ni escombros vi.

SOLDADO 1.º

Sábese que estuvo allí
por la ausencia que se ve;
pues cuando el huno su planta
en tierra enemiga oculta,
todo al pasar lo sepulta
con el polvo que levanta.
¡Al reparto!

LOS SOLDADOS

¡Bien! (Con gritos de placer.)

SOLDADO 1.º

La empresa
fácil es y breve el trance;
cuatro son ellas: que avance
todo el que reclame presa.

Esta... (Sacando a la ESCLAVA 2.ª)

ESCLAVA 2.ª

Perdón.

(El SOLDADO 1.º la amenaza.)

SOLDADO 3.º

Yo la pido.

SOLDADO 1.º

¿La obtuviste brazo a brazo?

SOLDADO 3.º

Maté al padre de un hachazo
y de otro hachazo al marido.

SOLDADO 1.º

La has ganado en buena ley.

(Se la entrega al SOLDADO 3.º, que la hace subir en una de las carretas.)

OTRA (Tomando la ESCLAVA 3.^a)
¿A quién?

SOLDADO 2.^o
Me amparo de ella.
Ven, matrona.

ESCLAVA 3.^a (Con altivez.)
¡Soy doncella!

SOLDADO 1.^o
Nadie la toque. Es del Rey.
(Varios SOLDADOS se la llevan.)
¿Quién reclama su derecho?

SOLDADO 4.^o
(Sacando a la ESCLAVA 1.^a)
Yo, que di fuego a su hogar
después de al hijo amarrar
contra un poste de su lecho.

SOLDADO 5.^o
Sí; pero en lucha reñida
su vida salvó mi clava,
y él juró darme esa esclava
como precio de su vida.

SOLDADO 1.^o
¿Lo juraste?

SOLDADO 4.^o
Puede ser.
Mas quebrantarlo es mi intento;
si razón da el juramento,
da caricias la mujer.
Sígueme.

(Haciendo subir en un carro a la ESCLAVA 1.^a)

SOLDADO 5.^o
Te reto a juicio.

SOLDADO 4.^o
Que él decida nuestra suerte.

SOLDADO 1.^o

¡Hermosa faz! ¡Ven! (Sacando a la ESCLAVA 4.ª)

SOLDADO 2.º

Advierte

que hace poco en mi perjuicio
al Rey mi esclava cediste,
y se me debe una presa.

SOLDADO 5.º

Otra reclama, porque esa
tú conquistarla me viste.

SOLDADO 2.º

¡No salgo vivo de aquí
sin llevarme a esa mujer!

SOLDADO 1.º

Muerto entonces ha de ser,
pues la guardo para mí.

SOLDADO 2.º

¡Hermano! ¿En sangre querrás
que se bañen nuestros senos?

SOLDADO 1.º

¡Qué importa un hermano menos
en cambio de un beso más!

SOLDADO 2.º

¡La lengua a cortarte voy!
(Acometiéndole con la espada desnuda.)

SOLDADO 1

Y yo a cercen la cabeza. (Sacando la suya.)

SOLDADO 2.º

¡Toma, infame! (Dándole un golpe en vago.)

SOLDADO 1.º

La torpeza
se paga así. (Hiriéndole.)

SOLDADO 2.º

¡Muerto soy!

(Cae. Varios SOLDADOS lo retiran.)

SOLDADO 1.º

Todo el hierro lo concilia.

SOLDADO 5.º

Yo a juicio te haré llamar.

SOLDADO 1.º

Sube a ese carro; es tu hogar; (A la ESCLAVA.)

agrégate a mi familia.

(Óyese gran algazara en el fondo.)

Pero esos gritos, ¿qué son?

(Escalan todas las carretas para ver.)

MUJER 1.º

La turba invade el camino.

MUJER 2.º

Ya llegan.

MUJER 3.º

¡Es el albino!

MUJER 1.^a

¡Zercón es!

TODOS

¡Viva Zercón!

Escena II

DICHOS y ZERCÓN, con los ojos siempre entornados, como albino a quien ofende la luz del día, guedejas blancas y cierta apariencia de idiotismo.

SOLDADO 5.º

¡Cegato! ¿De cuándo acá? (Todos le zarandean.)

SOLDADO 4.º

Desde ayer las tiendas corre.

SOLDADO 3.º

Con esos pelos de topo

tan hábil la edad esconde,

que no me explico si al campo

vuelve más viejo o más joven.

ZERCÓN

Dicha y pesar, que no canas,
años quitan y años ponen,
que el reír hincha el pellejo
mientras que el llorar lo encoje.

SOLDADO 1.º

Pues si es verdad tu sentencia
yo debo estar hecho un odre.

ZERCÓN

¿Quién eres tú?

SOLDADO 4.º

¿No lo ves?

SOLDADO 1.º

Con luz no distingue un monte,
mas no hay gato que con él
se las ponga a ver de noche.

SOLDADO 3.º

Toda su raza es lo mismo.

SOLDADO 1.º

Ya que mi voz no conoces,
vamos a ver si mi puño
te sabe decir mi nombre. (Le golpea.)

ZERCÓN

Escam te llamas. (Todos ríen.)

SOLDADO 3.º

Por vida,
que acertó.

ZERCÓN

Conozco el golpe.

SOLDADO 5.º

Larga fue la ausencia.

ZERCÓN

Larga.

SOLDADO 1.º

Y en verdad que desde entonces
las carcajadas del Rey
no hay enano que provoque.
¿En dónde estuviste?

ZERCÓN

En Tracia.

Desde allí pasé al Etiope,
crucé el Nilo, subí a Libia,
y de Mauritania, al choque
del remo, cortando Gades
entre jardines y bosques,
gané la Iberia y las Galias
y entré en Roma.

SOLDADO 1.º

¿Esclavo?

ZERCÓN

Y pobre.

SOLDADO 3.º

¿Viste ya a Atila?

ZERCÓN

Le vi.

SOLDADO 5.º

¿Te habrá colmado de dones
para que así a Roma dejes
y al nómada campo tornes?

ZERCÓN

Beber en su regia copa
me ha ofrecido ante la corte
cuando triunfante a Etzelburgo
regrese con sus legiones.

SOLDADO 4.º

¡Grande honor!

SOLDADO 3.º

Digno de Césares.

SOLDADO 1.º

¡Y que a un parásito otorgue
merced que niega a un soldado!

ZERCÓN

No envidioso me reproches,
que si el parásito sube,
sube degradando al hombre.

SOLDADO 1.º

Mas bebes vino y yo no.

ZERCÓN

Tú bebes gloria y honores,
que no hay crimen que lo sea
como victoria se nombre.

SOLDADO 3.º

¿Quién a Mantua te condujo?

ZERCÓN

Escolta de embajadores
diome el gran Valentiniano.

SOLDADO 4.º

Si al mensaje así responde
con que tu rescate Atila
al emperador propone,
paz anuncia la embajada
de la señora del Orbe.

SOLDADO 1.º

De su dignidad la insignia
el Papa y los senadores
vistiéndose están, y en breve,
perdón demandando a voces
al Occidente veréis
de rodillas ante el Norte.

SOLDADO 4.º

Debemos ir sobre Roma,
que impotente a nuestro choque,
la sed de oro, sangre y besos
saciará de las cohortes.

SOLDADO 5.º

Así Atila lo desea;
mas si Ardarico se opone...

ZERCÓN

¿Quién es Ardarico?

SOLDADO 1.º

El rey
de los Gépidas. Un hombre
que como crecen las plantas
en la espesura del bosque,
en nuestras huestes brotó
sin saber cuándo ni dónde.
Madre llama a su bandera,
son las armas sus amores,
y es en el ataque rayo
siendo en la defensa torre:
si él sentencia, el Rey admira;
si él aconseja, el Rey oye;
vence el Rey cuando él combate,
y él y el Rey fundidos corren.

ZERCÓN

¿Es ya vetusto?

SOLDADO 3.º

Un rapaz;
pero fuerte como un roble.

ZERCÓN

¿Y Atila no teme acaso
que su prestigio le robe?

SOLDADO 1.º

Temer no puede quien lleva
con su bravura su nombre,
que si el mundo dio un Atila
para dos el mundo es pobre.

(Óyense bocinas y cuernos acompañados de unos alaridos salvajes con que el pueblo saluda a su Rey.)

SOLDADO 5.º

Él se acerca.

VOCES

(Dentro.) ¡Plaza al Rey!

SOLDADO 1.º

A recibir se dispone
sin duda aquí a la embajada.
Pues grandes y sacerdotes
le siguen. A nuestro puesto. (A los SOLDADOS.)

VOCES

(Dentro.) ¡Plaza al Rey!

ZERCÓN

(Aparte y levantando los ojos al cielo.) Señor, acórreme.

Escena III

LOS MISMOS y SOLDADOS ACATRIRAS, ALANOS, GELONES y HÉRULOS, GÉPIDOS y demás hordas precediendo a ATILA. Éste entra a caballo rodeado de ARDARICO, VALAMIRO, THEODOMIRO y VIDEMIRO, reyes de los Gépidas y Ostrogodos, y seguidos de sacrificadores, rujos, sacerdotes alanos y hechiceros de los hunos blancos. Los hunos negros cierran la marcha.

ATILA(Desmontándose.)

Monarcas, sacerdotes y soldados;
tribus los de las sármatas llanuras;
gelones, que con miembros mutilados
forjáis vuestras humanas vestiduras;
gépidos y ostrogodos, cuyo empuje
los campos cataláunicos aún temen;
rujos, a cuyo paso el suelo cruje
rompiendo el cauce en que le oprime el Niemen;
hérulos, que en rugido pavoroso
vuestros brutos lanzáis a la carrera
como si al dardo del corcel brioso
arco tendido el entusiasmo fuera;
neuros, hunos, alanos y acatriras,
habitantes del Vístula y del Duna,
hueste invencible que a mi impulso giras
sobre el eje veloz de la fortuna;
de guerra el grito en el espacio truene;
mas piensa bien que en el festín sangriento
el hijo de Manzuca a pedir viene
los escombros del mundo por asiento.

VALAMIRO

¡Vuelen a conquistarle mis legiones!

VIDEMIRO

¡Ya de exterminio con la sed batallo!

TEODOMIRO

¡La tierra barrerán mis escuadrones,
quemando el polvo con su ardiente callo!

ARDARICO

Nuestro bélico ardor, que al rostro asoma,
ya enrojece y dilata la pupila.
Traza el rumbo.

ATILA

Del orbe dueña es Roma.
Sea, pues, Roma pedestal de Atila.
(Movimiento general de repulsión.)
¡La frente hundís! ¿Qué fue de aquel denuedo?
trocad la cota en mujeriego manto;
llorad: do acaba el hombre con el miedo
a mujer da principio con el llanto.
Si la altura del muro halláis inmensa,
buscad la del reptil hedionda tumba:
el que muere con gloria sólo piensa
que al caer de más alto más retumba.

ARDARICO

Ni es el pavor quien enmudece el labio
ni ante la muerte nuestra fe vacila,
ni al ver que alienta quien lanzó el agravio
dudarse puede que infiriole Atila:
clavar la rueda de tu carro exige
nuestra propia salud.

ATILA

Yo haré que ceje
si mi esfuerzo gigante es quien lo rige
aunque echéis mis conquistas sobre el eje.

ARDARICO

Blanda la rienda, el anchuroso llano
entregará a su vértigo el auriga;
mas no ante el foro rendirá la mano
al frenético ardor de mi cuadriga.

Ya de Oriente el ejército aguerrido
puebla los Alpes, y sus huestes alía
para impedirte el paso, si vencido
Roma te obliga a trasponer la Italia.
Y ¡ay del Norte y de ti si allí inhumano
venganza el odio de Marciano toma!

ATILA

Si teméis ser vencidos por Marciano
los Alpes evitad venciendo en Roma.

ARDARICO

¿Quién la superstición de tus soldados
bastara a contener? Nunca Ardarico
escalará los muros que inspirados
predijeron la muerte de Alarico;
el hombre contra el hado es impotente,
yo a sus designios mi bravura inmolo.

ATILA

Probarte quiero que tu lengua miente.
¡A Roma! (Todos callan.) No ha mentido. Iré yo solo.
(Con grito feroz. Movimiento de reacción en los soldados.)
Al César rogaré que con su planta
me humille, haciendo de fiereza alardes,
y entregaré al cuchillo mi garganta
prefiriendo verdugos a cobardes.
Mi pueblo imbecil, gritaré iracundo,
ante un madero en cruz tiembla y vacila,
temiendo que al llamarme rey del mundo
pueda más grande ser que lo es Atila.
Buscad, pobres ovejas los rediles;
no merecéis de mi furor el precio:
yo os abandono como a insectos viles,
que si al pasar no aplasto los desprecio.
Cautivo partiré con la embajada,
mas antes de ceñir los férreos lazos,
a vuestros ojos romperé mi espada
y os dejaré mi honor en sus pedazos,
pues yendo solo, mi podrida escoria
sarcófago hallará cuando sucumba;
mas con mi acero no, porque es mi gloria,
y mi gloria no cabe en una tumba.

ARDARICO

Tregua a tus iras da.

ATILA
Vano es tu ruego.

VALAMIRO
El enojo depón.

ATILA
Nunca he sabido.

TEODOMIRO
Tu perdón imploramos.

ATILA
Yo os le niego.

VIDEMIRO
Decreta nuestra muerte.

ATILA
No; mi olvido.

TEODOMIRO
A nuestros ayes ven.

ATILA
Son importunos.

ARDARICO (Como poseído de una idea.)
Brillará tu clemencia.

ATILA
No lo aguardes.

ARDARICO (Excitando a los soldados.)
¡A Roma!

TODOS (Con entusiasmo.)
¡A Roma!

ATILA(Con alegría.)
¿A Roma? ¡Son mis hunos!
¡No han tenido valor de ser cobardes!
Corramos, y del sol a las miradas
nubes siendo las ricas cabelleras,
refrescará el calor de las jornadas

el crujiente ondular de las banderas.
La espada de Mavorte rutilante
del azote de Dios el brazo guía,
y a saciar sobre el mundo agonizante
todo el odio del tiempo va en un día.
Dadme un festín de honor; sangre, mujeres;
que os vea yo asomado a mi venganza
en la embriaguez del oro y los placeres
disipar el pillaje y la matanza.
(Se oyen cuernos y bocinas.)
Esos que el aire pueblan roncousones
nuncios del Papa son: llegue ese anciano
y el trono de los Galbas y Nerones
crujir sienta a sus pies Valentiniano.
Del Eúfrates al Ródano altanera
abarcó la distancia mi pupila,
mas hoy os juro que por vez primera
digno me siento de llamarme Atila.

Escena IV

DICHOS, el PAPA LEÓN y los SENADORES, con las insignias de su dignidad, séquito de la embajada, que deposita a los pies de ATILA copas de oro y plata, pieles teñidas de púrpura y vasos preciosos encerrando gomas y frutas.

LEÓN

En el nombre de Dios y en el de Roma
al Rey salud.

ATILA

Salud a la embajada.

LEÓN

De Arabia acepta la adorante goma
que en pérsicos tapices derramada
pongo a tus pies; el que al topacio afrenta,
dátil dorado que en Anatolia abunda,
y en argentados copos la pimienta
que al calor de las Indias se fecunda.
Del trono en mí la majestad reside,
y aunque a su peso oscilo y me confundo,
mi labio, Atila, con la paz te pide
de la eterna ciudad, la paz del mundo.
A levantar el yugo de tu mano

de triple ruego con la voz te obligo,
que embajador, pontífice y romano
pueblo, César y Dios vienen conmigo.

ATILA

Para extinguir la luz del sol brillante,
para hacer que el torrente el rumbo tuerza,
para domar mi espíritu gigante,
ni Dios, ni rey, ni pueblo tienen fuerza.
A Roma iré; mas si a mi ley precisa
tu ejército se opone, le haré escombros
y llegaré a sus muros más de prisa
de la victoria cabalgando en hombros.

LEÓN La cruz que en su recinto se levanta,
enseña del nacido en un establo,
te impedirá que huelles con tu planta
la tumba de San Pedro y de San Pablo.

ATILA

Nunca.

LEÓN

A tus pies mi dignidad arrojé. (Inclinándose.)
¡La paz!

ATILA

La guerra a ti y al mundo entero.

LEÓN

Teme de Dios el implacable enojo.

ATILA

Que venga ese impostor; aquí le espero.

LEÓN

¡Impío! No prosigas, ten el labio.

ATILA

Si a afrontar no se atreve mi presencia,
yo volaré a su encuentro con mi agravio.
Dime: ¿Dónde está Dios?

LEÓN (Inspirado.)

En tu conciencia.

ATILA

¿Qué dices?

LEÓN

Cuando en noche misteriosa
todo rumor ante las sombras calla
y tu intranquila frente se reposa
sobre el ferrado arnés de la batalla,
¿mil espectros no ves que en raudo giro
de las entrañas suben de la tierra,
con prolongado y lúgubre suspiro
al sueño que te abrumba haciendo guerra?
El anciano y el niño que a raudales
su sangre vierten, son a tus miradas
crepúsculos de horror ante los cuales
pasean su exterminio las jornadas.
Allí el mancebo, a quien por ancha herida
tiende la parca miserable acecho,
va entregando por átomos la vida
al piafar de un corcel sobre su pecho;
allí junto a doncella inanimada
que al salvar el honor sucumbe inerte,
vese a Atila con mano despiadada
robando sus secretos a la muerte.

ATILA

No me espanta del crimen la quimera,
que es volverlo a cumplir el recordarlo;
y cien veces y cien lo cometiera
por la sola delicia de soñarlo.

LEÓN (Aparte hasta el fin.)

(Y entre tantos ensueños de ventura
el eco de una voz no te intimida
que con doliente acento de amargura
te despierta gritando: «¿Fratricida?»))

ATILA

¡Ah! (Retrocediendo con horror.)

LEÓN

Entonces, dominando tus enojos,
los párpados oprimes con violencia;
mas borras el fantasma de tus ojos
y vuelve a reflejarse en tu conciencia.

ATILA

¡Calla!

LEÓN

De Dios la omnipotente mano
de esas visiones el concierto guía,
y el cadáver te arroja de tu hermano
en todo el esplendor de su agonía.
Desceñidos los hombros de la cota
Bleda avanza al compás de sus lamentos
recogiendo su sangre gota a gota,
hasta dejar tu trono sin cimientos;
y de tu vil corona los pedazos
lanzándote a la faz...

ATILA

¡Tu labio cese!

LEÓN

Iracundo te abarca con sus brazos.

ATILA

Y la muerte me da... ¡Mi sueño es ese! (Aterrado.)

LEÓN Y a merced tus despojos de los vientos
corren cual hojas de marchita hiedra
a esparcir por el monte sus fragmentos
chocando con fragor de piedra en piedra,
en tanto que con hórrido graznido
los buitres carniceros se desploman,
y los canes famélicos al ruido
del rasgar de los músculos asoman;
y en salvaje banquete congregados,
o anuncian con estrépito su empresa
o al hedor de la sangre aletargados,
parecen dormitar sobre su presa;
hasta que el ronco triturar del diente
y de la garra el estridor depuestos,
desnudo cual parásito indigente
sale el gusano a devorar restos.

ATILA

¡Calla, calla!

LEÓN

Ese es Dios, de quien blasfemas.

ATILA

¡Piedad!

LEÓN
Él solo que tu instinto doma.

ATILA
¡Libértame de ti!

LEÓN
Mi voz no temas.
Yo te conduciré. ¡Vamos a Roma! (Retándole.)

ATILA
¿Qué haré yo por ahogar tu acento rudo?

LEÓN
A abandonar la Italia te sentencio.

ATILA
¿Y callará tu labio?

LEÓN
Será mudo.
ATILA Pues bien, tuya es la paz, dame el silencio.
(Tomando reposo después de la lucha que ha sostenido. Gran pausa.)
Al César dile que en su trono Atila
(Alto y con violencia.)
ceñir le deja la imperial corona,
que si es grande el enojo que destila
su lástima es mayor, y le perdona
(Alegría en los soldados.)
No quiero que mi ejército aguerrido
en su pesada atmósfera se vicie,
y que nació soldado dé al olvido,
al calor del deleite y la molicie.
Por símbolo de paz mis brazos toma.

LEÓN
Dios al monarca y a su pueblo guarde.

ATILA
(¡Dormido me venciste! Vete a Roma,
que puedo despertar.) (Aparte a LEÓN al abrazarle.)

LEÓN
(¡Atila, es tarde!)

(Vase el papa LEÓN con todo su séquito.)

Escena V

DICHOS, menos LEÓN y su séquito.

ATILA(¡Es tarde!
¿Sí? ¿Qué se hicieron
mi bravura y mi pujanza?
O están muertos o se esconden
en los pliegues de la rabia.
Acero triunfante en Grecia,
bélico autor en las Galias,
mano señora del mundo,
nombre de Atila que espanta,
no eres ya mi acero, -quita,
no es este mi ardor, -me engañas;
no es mía esta mano, -mientes,
tú no eres Atila, -aparta.)

ARDARICO
¿Por qué triste y abatido
la frente doblas?

ATILA
Soñaba
que es ilusión la grandeza
y a una ilusión otra mata;
el aire disipa el humo
y ambos son quimera vana.
¡A mí nadie me venció
y he sucumbido a la nada!

ARDARICO
No te entiendo.

ATILA
Ya me entiende
mi propia vergüenza, y basta.

ARDARICO
¿Abres hoy el juicio?

ATILA

Al punto:
pero tiemblen mi venganza,
que implacable es la sentencia
del reo que en juez se cambia.
(Siéntase sobre unos escombros.)

ARDARICO
Audiencia da el Rey, llegad. (Llamando.)

SOLDADO 5.º
Justicia a mis quejas. (Seguido de los SOLDADOS 4.º y 1.º)

ATILA
Habla.

SOLDADO 5.º
De su vida este soldado
me ofreció en canje una esclava,
y hoy me la niega después
de jurarlo por tu espada.

ATILA
¿Lo juraste?

SOLDADO 4.º
Dio un botín
harto mezquino la plaza.

ATILA
¿Lo juraste? (Amenazador.)

SOLDADO 4.º (Temeroso.)
Sí.

ATILA
Pues muere.

SOLDADO 4.º
(¡Siempre feroz!) (Aparte.)

ATILA
Sobre un aspa
clavad su cuerpo, y del Mincio
busque refugio en las aguas.

SOLDADO 4.º

¿Olvidaste que, aún rapaz,
puse en tus manos la clava,
que en el corcel te hice diestro
y que mi amigo te llamas?

ATIL

A Inflexible es la justicia,
tú perjuro te declaras,
yo te condeno y te lloro.
Toma... (Abrazándole.) y muere.

SOLDADO 4.º

¡Atila! (Rechazándole.)

ATILA

Basta. (Imperiosamente.)
Otro avance.

SOLDADO 5.º

En el reparto
una presa adjudicada
éste guardó para sí. (Señalando al SOLDADO 1.º)

ATILA

¿La ganaste en la batalla?

SOLDADO 1.º

No.

ATILA

Pues devuélvela al dueño
que la cautiva reclama.

SOLDADO 5.º

Es ya tarde, en su furor
dejole muerto a sus plantas.
ATILA Pues de cabeza arrojadle
desde la torre de Mantua.

SOLDADO 5.º

Ese castigo es honroso
para el crimen que te mancha.
¡Es fratricida!

ATILA

¿Qué dices? (Retrocediendo.)

¡Fratricida!

SOLDADO 1.º

Algunos se hallan (Con intención a ATILA.)
que viven y que en los otros
sentencian su propia causa.
¡Júzgame tú!

ATILA

¿Yo? ¡No puedo!
(Cubriéndose el rostro con las manos.)

ARDARICO

¿Vas a otorgarle tu gracia?

ATILANo.

Le condeno a vivir,
que es una muerte más larga.
Parte, al reposo te entrego (Al SOLDADO 1.º)
y con la noche batalla:
el castigo que hoy te impongo
es perdonarte mañana.
¡Hunos! A ganar volvamos
del Ister la Orilla helada;
mas con el pecho al pasar
id empujando a la Italia,
entre Roma y Etzelburgo
fuerza es barrer la distancia:
yo quiero que verse puedan
sin que se lo estorbe nada.
¡Mi caballo! De partir
haced la señal.

ILDICO

(Apareciendo.) ¡Aguarda!
(Deteniéndole al ir a montar.)

ARDARICO

¡Hermosa mujer! (A ATILA.)

ATILA(Extasiado.)

¡Hermosa!
¿Qué quieres?

ILDICO

Que escuches...

ATILA
Habla.

Escena VI

LOS MISMOS e ILDICO.

ILDICO

Limitando un confín del ancho mundo
la tierra una región esconde avara
a cuyo lado el seno más fecundo
con cuidado solícito depara.
Sirve a César y Flora de palacio,
de estrecharla orgullosa él más se engríe
y hasta el sol cuando asoma en el espacio,
-Mi España- grita al verla y se sonríe:
allí el Betis en plácido embeleso
las playas acaricia a su albedrío;
mas Hespalis gentil le roba un beso
y trémulo a sus pies tiritita el río.
Pues en ese jardín que el Betis baña
Ildico vio del sol la luz primera;
callo al decirte que nací en España,
que es mi culto el honor; la honra es ibera.

ATILA(Aparte.)

(A mis ojos la presta nuevo encanto
de su lenguaje audaz la bizarría.)

ARDARICO (Aparte.)

(Lucha mi corazón entre el quebranto
y el placer. Si es amor, yo la haré mía.)

ILDICO

Allí los años de la infancia pura
para llenarme de ilusión y galas
cernieron sobre mí desde su altura
los pintados matices de sus alas;
pero del cuarto lustro al rumor lento
ceñí el manto, hasta entonces desprendido,
al mirar que con loco atrevimiento
por el amor llegaba conducido:
y dejando a su voz la patria bella

para abrir mi destino a la desgracia,
el bajel que mi planta hirió doncella
esposa y madre me arrojó en la Tracia,
do en brazos de la dicha los instantes
vio trascurrir en éxtasis mi anhelo
llevando las miradas delirantes
del padre al hijo y de los dos al cielo.
Más un día. -¡Qué horror! Bronco alarido
resuena en el confín del suelo tracio,
y del corcel al galopar tendido
el polvo se hace dueño del espacio:
y sembrando el terror y la matanza,
como rugiente mar que ondas apila
y vallas rompen y espumante avanza
y el llano inunda, se desborda Atila.
Del exterminio que su faz oreo
ni edad ni sexo la embriaguez perdona;
mas si un tracio sucumbe en la pelea,
la virgen le sucede a la matrona;
y o matan como tigres acosados,
o lloran con la rabia de unos seres
que, si ante el odio luchan cuan soldados,
piensan ante el rubor que son mujeres.
Arde mi hogar: del angustiado pecho
viene el hijo a arrancarme mano impía,
mientras de propia sangre en vasto lecho
revuélcase mi esposo en la agonía,
y el resplandor fatal que en un instante
arreatome amor, ventura y honra,
¡queda alumbrado a la orfandad errante
y a la muerte a los pies de la deshonra!
Ha cuatro lustros que en mortal quebranto
dar con tus huellas mi dolor codicia;
pero atenta escuché, sentí aquí llanto
y corrí, y aquí estás. ¡Hazme justicia!

ATILA

¡Justicia! ¿Y contra quién? Bajo el dominio
del huno al batallar cede la tierra;
devastación, violencia y exterminio,
siendo para su ardor grito de guerra,
inútilmente a la memoria llamo
una ley que castigue su osadía.

ILDICO

Esposo, a mi deshonra te reclamo:

el juzgar al infame es cuenta mía.

ATILA

¿Ignora tu demencia que una espada
ante deudas de honor nunca fue inerte
y que pudo en su pecho hallando entrada
convertirte en esposa de la muerte?

ILDICO

Que aún alienta lo dice mi semblante
con el rubor que abraza mi pupila;
el crimen es eterno. No te espante;
vive, vive el traidor.

ATILA

¿Su nombre?

ILDICO (Señalándole.)

¡Atila!

ATILA

¿Atila has dicho?

ILDICO

Sí.

ATILA

Necia o demente,
pues te escuché benigno, te perdono.
Compartir mi poder tu afán no intente;
para Atila y su acero aún falta trono.

ILDICO

¿Y quién un cetro anhela que se tiñe
con la sangre vertida en el delirio?
¿Qué es tu diadema vil para quien ciñe
la sublime corona del martirio?
No con regio escabel la mente sueña;
dale justicia a mi dolor por precio,
y verás de mi honor una vez dueña,
cómo te escupo al rostro y te desprecio.

ATILA

¡Ten la lengua! Mi enojo sacrifico
y el reo al tribunal mi mano guía.
Su crimen y mi crimen, Ardarico,

juzga y sentencia tú.

ARDARICO

¿Yo?

ATILA

Sí.

ARDARICO (Aparte con alegría.)

(¡Ya es mía!) (Pausa.)

¡Sea su esposo el seductor de Tracia!

(Alegría en ILDICO.)

ATILA

¡Tu fallo acataré! (Resignándose.)

¿Cuál es su suerte?

(Con ansiedad refiriéndose a ILDICO.)

ARDARICO

¡La expiación exige de su audacia

que del lecho nupcial pase a la muerte!

ATILA(Estremeciéndose.)

¿Qué dices? ¡Morir!... No.

ARDARICO (Con imperio.)

¡Jamás su veto

de la ley al mandato impuso Atila!

ATILA

¡Morir! (Intercediendo.)

ARDARICO (Inexorable.)

¡Themis habló!

ATILA(Resignándose.)

Yo la respeto,

¡Ildico! (Tomándole la mano con compasión.)

ILDICO (Con desprecio.)

¿Tiemblas tú? Yo estoy tranquila.

ATILA

Pronto. ¡A partir!

(Suenan cuernos y vecinas y todo se pone en movimiento.)

ARDARICO (Aparte.)
(Su corazón desgarró;
mas saciar lograré mi amor funesto.)

ATILA
Ven, esposa. (Dando la mano a ILDICO.)

ARDARICO (Impidiéndolo ferozmente.)
¡Cautiva, atrás. El carro
de las regias esclavos es tu puesto.

ATILA
(A ILDICO después de medir con una mirada de desconfianza a ARDARICO.)
¡Reina serás! mi compasión proscribiera
la atroz sentencia que el rigor te lanza.
(Retirándose sin dejar de mirar a ARDARICO.)

ZERCÓN (Acercándose misteriosamente a ILDICO, a quien no ha cesado de espiar
desde su aparición.)
¡No temas!

ILDICO
(Aparte a ZERCÓN, reconociéndole.)
(¡Ah! Zercón, y mi hijo, ¿vive?)

ZERCÓN ¡
Dios lo sabe!

ILDICO
¡Ay de mí!

ZERCÓN
(Estrechándole la mano.) (¡Valor!)

ILDICO (Con ahogado grito.)
¡Venganza! (Vase.)

(Los soldados unen los bueyes a las carretas y los preparativos de marcha empiezan en
el campo.)

ACTO SEGUNDO

El antro de los sacrificios. Gruta tallada en la roca, alumbrada por teas que llevan los
soldados. Al levantarse el telón aparecen divididos en grupos los sacerdotes alanos,

arrojando sus varillas adivinatorias sobre un lienzo que les sirve de tapiz: el sacrificador ostrogodo, rodeado de los arúspices rujos, y con las manos metidas en las entrañas de una víctima, consultando las palpitaciones de ésta, y el hechicero de los hunos blancos, evocando los espíritus de los muertos, al son del tambor mágico, que tañe con una sola mano mientras que sus satélites, con los brazos extendidos diagonalmente y en el éxtasis de la inspiración, giran en derredor suyo y sobre sí mismos. En el fondo ATILA, sentado sobre un escabel, espía los menores movimientos con febril ansiedad. A su lado están ARDARICO, los REYES y dignatarios. ILDICO a sus pies, escucha resignada.

Escena I

ILDICO, ATILA, ARDARICO, REYES, SOLDADOS, SACERDOTES, ARÚSPICES, HECHICEROS.

ATILA

No la suerte ya próspera o adversa
al destino interrogo de mis armas,
que a los pies de la paz quemando incienso,
del ocio en el sopor duerme mi espada.
Huérfano el cinto, la rodilla ausente
del flanco del corcel y el brazo en calma,
para luchar nacido en otras lides
con rudo encono el corazón batalla.
Por acallar de la justicia el grito
que bajo el muro resonó de Mantua,
hoy de Etzelburgo en el palacio regio
con Ildico mis bodas se preparan.
Mas de su muerte la feroz sentencia
mi amor repugna y mi piedad rechaza,
y en el antro profético os convoco
con voz doliente demandando gracia.
Sacerdotes, alanos, al destino
los secretos robadle del mañana:
arúspice ostrogodo, de tu víctima
sorprende la clemencia en las entrañas;
y tú, hechicero, de mis hordas hunas
que el parche hiriendo a los sepulcros llamas,
haz que los manes de los muertos sean
propicios a su vida amenazada.

SACERDOTE

Tres veces el enlace misterioso
sobre el blanco cendal pedí a la magia,
y las tres con fatídico presagio
los signos respondieron: ¡muere o mata!

ATILA

Oscuro enigma. Mas tu fallo espero
que revoque el arúspice.

ARÚSPICE

Te engañas:
en dos partido el corazón, presenta
la víctima a mis ojos, y nefasta
la ciencia del augur, la muerte pide
para librarte ¡oh rey! de la venganza.

ATILA

¡Los dioses me abandonan!
(Al HECHICERO.)
¿Son los muertos
implacables también?

HECHICERO

Sañudos rasgan
la nupcial vestidura, y su sudario
con sus rígidos huesos me señalan.

ATILA

¿El hado me es adverso?

LOS TRES

Sí.

ATILA

¿Su suerte
no os es dado cambiar?

LOS TRES

No.

ATILA

¡Desgraciada!
Suplícales también; que mienten diles
vengativa al juzgarte.

ILDICO

En vano clamas.
Déjame ser quien soy; a la impostura
no se humilla jamás la fe cristiana.
ATILARogaré por los dos. Hecho pedazos

mi corazón mirad a vuestras plantas.
Yo os daré una hecatombe por su vida;
su hermosura y mi amor os lo demandan.

LOS TRES
¡Imposible!

ATILA
¿Perdón!

LOS TRES
¡Jamás!

ATILA
El polvo
por vez primera mi rodilla mancha.
¡Compasión para entrambos!

LOS TRES
¡Nunca!

ATILA
¿Nunca?
Pues bien, ya no os suplico: el rey lo manda.
Forzaros quiero a deponer las iras;
no amedrentan mi espíritu esas farsas
con que el miedo trocando en sacerdocio
al armado valor vencéis sin armas.
Yo soy mi religión; a mis pasiones
mi brazo altares por doquier levanta,
y más númenes sacros no consulto
que los tajantes filos de mi espada.
Oráculos, justicias, dioses, leyes
los nombres fueron que la fuerza usaba;
mas la fuerza una vez llamose Atila,
y Atila desde entonces se los llama.

(Movimiento general de sorpresa. ARDARICO avanza solemne y dice a ATILA:)

ARDARICO
«Si a los preceptos que nos rigen vieras
que alguien valido en su poder faltara,
húndele tu puñal sin que tu mano
vacile ni ante el pecho del monarca.»
Así hablaste al poner sobre mis hombros
y haciéndome oscilar del juez la carga.

No me digas tu nombre, no me importa;
la justicia al herir vuelve la cara.
(Desnudando el puñal.)
¡Muere!

ATILA(Aparte a ARDARICO, deteniéndole.)
(De la obediencia del soldado
el ejemplo del rey la norma traza;
tu acción aplaudo y a fingir me obligo;
la salud de mi pueblo me lo manda.
Mas si al deber sucumbo aquí en secreto,
mi voluntad su vida te reclama;
y yo sé que los cielos han de oírte,
(Con irónica sonrisa.)
porque mi fe y la tuya son hermanas.
Prisionera la entrego a tu custodia;
en su espíritu infunde la esperanza
mientras yo ante esa imbécil muchedumbre
disfrazo de dolor mis carcajadas.)
(Alto a los demás.)
Hechiceros, augures, sacerdotes,
mudo es el crimen; mi silencio os basta;
partamos. (¡En mi indómita bravura
el ser vencido aun por ficción me espanta!)

(Vanse ATILA y su séquito y la escena queda alumbrada por una sola tea, sujeta con
garfios a la roca.)

Escena II

ILDICO, ARDARICO.

ARDARICO
(Llegó el momento: la emoción me agita
y se anuda la voz en mi garganta.
Inútil vacilar. Rugid, pasiones,
y desbordad del pecho que os encauza.)
Ildico, junto al tálamo el verdugo
a cortar la existencia se prepara.
¿No te asusta morir?

ILDICO
Para el creyente
sólo empieza la vida cuando acaba.

ARDARICO

¿Y no temes acaso que al perderla
se disipen tus sueños de venganza? (Con misterio.)

ILDICO

Siempre el tiempo al castigo otorga un día:
que si la muerte el hombre del hoy salva,
la eternidad para cumplir las deudas
tiene un hoy sin ayer y sin mañana.

ARDARICO

Mas perder juventud, belleza, trono...

ILDICO

Torturarme imaginas y te engañas:
el honor me devuelven, soy dichosa;
me libertan de Atila, estoy vengada.

ARDARICO

¿Y si yo la segur de la justicia
lograse detener con mi pujanza?

(Pausa, durante la cual ILDICO le lanza una mirada escudriñadora.)

ILDICO

Te escucho: el precio di; pero al hablarme
mi faz observa y si enrojece, calla.

ARDARICO

A tus encantos la razón perdida
juez inflexible condené tu causa,
para poder ser dueño en este instante
de encerrar en mi mano tu esperanza.
Mía serás; mi voluntad lo ordena.

ILDICO

¡Cuánto en subir al rostro el rubor tarda!

ARDARICO

Yo te puedo salvar o aniquilarte.
Entre amarme o morir, elige.

ILDICO

Mata.

ARDARICO Eres de roca.

ILDICO

La materia impura
al homicida hierro siempre es blanda;
mas la virtud es aire que al herirle
con el mismo puñal se le separa.

ARDARICO

Pues bien, mujer sublime, yo a tu acento
en súplica trocando la amenaza,
vengo a rogarte que tu amor me otorgues
en cambio de mi mano y de mis lágrimas.
(Sorpresa en ILDICO.)

De mis lágrimas, sí: tú no concibes
que en mis mejillas por el sol tostadas
pueda el dolor rodar fundido en llanto
huyendo al ver la soledad del alma;
mas tú no sabes que en oscura noche
sume mi vida impenetrable gasa,
y que la luz perdida en mi existencia,
yo al ocaso pregunto si es el alba.
No conocí jamás ni la temida
autoridad de un padre, ni la casta
caricia maternal.

ILDICO (Compasiva.)

¡Ah! ¿Los perdiste?

ARDARICO

¡Ojalá que perdidos los llorara!...
En las hordas de Atila, como el viento
barre el bosque y los gérmenes arrastra
que la tierra fecunda, el hombre nace
en los pliegues envuelto de una ráfaga.

ILDICO

(¡Oh! ¡Con igual acento de amargura
el hijo llorará de mis entrañas!)

ARDARICO

¡Ámame por piedad!

ILDICO

Aunque ofendida,
no me es dado mirarte ya enojada;

mas tente, que si mi honra no se queja,
más sensible otra fibra me desgarras.
Por el dolor marchita mi hermosura
rechacé tu niñez.

ARDARICO

¡Quimera vana!
¡Ámame!

ILDICO

No lo intentes... (¡A medida
que se va la mujer, la madre avanza!)

ARDARICO

No en mitad del camino me abandones
de mi existencia triste y solitaria.

ILDICO

(¡Atrás, necia ilusión!)

ARDARICO

(Tomándole la mano.) ¡Ildico bella!...
Responde.

ILDICO

(¡Aquí, honor mío!... ¡O hiero o callas!)
(Arrebata el puñal a ARDARICO y se amenaza el pecho con él.)

ARDARICO

¡Espíritu indomable!... ¿Qué pretendes?
(Quitándole el puñal.)

ILDICO

Tu silencio comprar.

ARDARICO

Oye, insensata.
Pues ni los ruegos ni la fuerza logran
triunfar de ti, mi vengadora saña
a desbordarse corre, y del verdugo
toma el amante la sangrienta plaza.

ILDICO

¡Qué importa!

ARDARICO

Mas no en brazos de la muerte
trocando el nupcial velo por la palma
del martirio, caerás con tu sonrisa
insultando el rigor de la guadaña.
¡Al tálamo no irás; quiero en tu rostro
(ILDICO se horroriza.)
ver pintados los signos de la rabia,
y saber que al morir, de la deshonra
el caliente rumor te invade el alma!

ILDICO

¡Eso nunca!... ¡Piedad!...

ARDARICO

¿Y tú la tienes
de mi acerbo sufrir?

ILDICO

¡Oh, desdichada!

ARDARICO

¡Tu amor!

ILDICO

¡Es imposible!

ARDARICO

¡Pues tu vida!

ILDICO

(¡Inspírame, Señor!) (Levantando los ojos al cielo.)

ARDARICO (Amenazante.)

¡Mi acero aguarda!
No vaciles, responde.

ILDICO

Ve mi angustia.

ARDARICO

Mi ansiedad mira tú. (Avanzando.)

ILDICO

Detén la planta.

ARDARICO

¡Pronto!

ILDICO

¡Atrás! (Retrocediendo.)

ARDARICO

Es inútil.

ILDICO

(Inspirada por una idea.) ¡Soy tu madre!

ARDARICO

(Deteniéndose anonadado.)

¡Ah! ¡Mi madre! ¡Perdón!

ILDICO

(¡Dios mío! ¡gracias!)

(Descansando de su lucha. -Pausa.)

ARDARICO

Ya no estoy solo: por la vez primera
el rutilar de un astro me acompaña.
¡Mi madre! ¡Cuál colúmpiase en mi oído
la dulce vibración de esa palabra!
Déjame verte: en tu segunda forma
complácese mejor la vista avara.
Déjame verte, que de cuatro lustros
la deuda está cumpliendo la mirada;
a tus maternos brazos las caricias
que el tiempo me robó piden mis ansias.

ILDICO

¡Oh! ¿qué intentas?

ARDARICO

¿La madre lo pregunta?

ILDICO

(¡Voy a hacerme traición!)

ARDARICO

Mas... ¡cómo! ¿Pálida
doblas la frente y en silencio gimes?
¡Oh! ¡sospecha infernal!

ILDICO

¡De ti la aparta!

ARDARICO

No eres mi madre tú.

ILDICO

Lo soy; mas temo
que aun del hijo el contacto arroje infamia.

ARDARICO

¡Horrible duda! Si a mis ojos quieres
digna del nombre ser que me consagras,
sin vacilar hasta mi frente llega
y encima el labio pon: está sin mancha.

ILDICO

(¡Dios mío!)

ARDARICO

De otra suerte tu impostura
con tu propio silencio me declaras.

ILDICO

(¡Valor!) (Avanza hacia él con paso lento.)

ARDARICO

(¿Iré a perderla?)

ILDICO

(¡No, no puedo!)
¡Te he mentido!
(Después de llegar hasta él y tras un esfuerzo inútil.)

ARDARICO

(Con profundo dolor.) ¡Ah, cruel!

ILDICO

¡Mátame!

ARDARICO

¡Aparta!
(Con amargura, mas sin violencia.)
¿Qué me importa tu vida, si ha venido
la ventura a dar cuerpo a mis desgracias,
como brilla el relámpago en el cielo
para enseñar las nubes que te empañan?

No temas ya a mi enojo, que en la mente
la ilusión al pasar deja su traza.
Cuál te hubiera yo amado a ser mi madre
si el mentírmelo sólo me desarma. (Pausa.)
Tus días salvaré.

ILDICO

Tanta nobleza
la sangre acusa en ti de una gran raza.

ARDARICO

Fui la tuya un momento y yo te pago
aprendiendo a ser digno de tu patria.
Torno a mi soledad y redimido,
(Tomando la mano a ILDICO.)
mi mano sella de amistad la alianza.

ILDICO

¿Quién te enseñó a vengarte?
(Dándole la suya con gratitud.)

ARDARICO

¿Quién? Tu Iberia
al mandarme su aliento en una ráfaga.
¿Pero qué ven mis ojos? ¡Este anillo!...
(Reparando en el que lleva ILDICO.)

ILDICO

(¡Cielos! ¡Perdida soy!)

ARDARICO

No temas; habla.
¿Quién te le dio? responde:

ILDICO

Mas...

ARDARICO

No mientas.

ILDICO

Un general romano.

ARDARICO

Escio se llama.

ILDICO
¿Escio?

ARDARICO
Sí; que del mundo agonizante
movido a compasión, la fiera saña
va a aniquilar de Atila, y desde Roma
la rebelión fomenta. De sus arcas
el oro te entregó.

ILDICO
Medita...

ARDARICO
Entiendo:
de mi lenguaje audaz la prueba falta;
este anillo labrado a par del tuyo
de testimonio sirva a mis palabras.
(Mostrando uno.)

ILDICO
Yo soy quien buscas. Mas ¿por qué tu brazo
vengador sobre Atila se levanta?

ARDARICO
Donde tiranos hay no se pregunta
por qué la libertad blande su espada.
¡Cómo el destino por extrañas artes
nos une en el deber!

ILDICO
Sí; mas repara
que el derecho de herirle no me usurpen;
es el precio que puse a mi embajada.

ARDARICO
En busca vuelo, pues, de mis parciales;
y acaso el nuevo sol vertiendo galas,
como brillar Judit lo vio en Betulia
su cadáver alumbre y tu venganza.

ILDICO
Pronto, corre, que el tiempo a mi impaciencia
no habrá dado jamás noche más larga.

ARDARICO

Parto. (Vase.)

ILDICO

¡Oh! las que lloráis mujeres todas...
¡qué hermoso despertar tendréis mañana!

Escena III

ILDICO, y a poco ZERCÓN, que aparece por una pequeña abertura practicada en el suelo junto a la roca.

ILDICO

En mi intranquila emoción
cada instante transcurrido
traducen por su latido
las fibras del corazón;
y a querer de la impaciencia
recoger mi pecho el fruto,
toda entera en un minuto
palpitara mi existencia.
Seres que perdidos lloro,
va a cumplirse vuestro plazo,
mas si vacilara el brazo,
prestadle ayuda, os lo imploro;
y para impedir quizá
que os cubra de odiosa afrenta:
-¡Ildico, -grítadme, -alienta!

ZERCÓN

¡Ildico, alienta! (Con voz apagada.)

ILDICO

¿Quién va?

ZERCÓN

Yo.

ILDICO

¡Zercón! ¡Respiro!

ZERCÓN

¡Qué!...
¿Temiste?...

ILDICO

Que fuera tarde.
Soñaba que era cobarde:
mas por fortuna soñé.

ZERCÓN

Pronto: esta oculta salida
que con mis manos abrí,
para llegar hasta ti,
robe al verdugo tu vida.

ILDICO

¡Me propones!...

ZERCÓN

El furor
de esos inicuos burlar.

ILDICO

Trajéronme a este lugar
mi hijo, mi esposo y mi honor,
¿y huyera en estos instantes
traidora siendo a los tres?
¿Si no he de hacerlo después
por qué me lo exiges antes?

ZERCÓN

Evita su encono fiero.

ILDICO

Suplicas en vano.

ZERCÓN

Advierte...

ILDICO

Con la venganza y la muerte
hice pacto y las espero. (Pausa.)
Mas cuéntame. Desde el día
funesto en que la desgracia
entró en nuestro hogar de Tracia
sembrando el estrago impía,
hoy solos por vez primera
logramos vernos. ¿En dónde
su existencia mi hijo esconde?
¿Sabe que mi amor le espera

o abrieronle acaso allí
junto a su padre la tumba?
Habla, aunque al dolor sucumba.

ZERCÓN

Escúchame atenta.

ILDICO

Di.

De tu esposo esclavo fiel
secundando la pujanza,
hallábame en la matanza
de aquella noche cruel;
cuando un grito dando Aspar:
-«Volemos, Zercón! -me dijo-
«la madre a salvar y el hijo
del incendio del hogar.»
Alas llevaron los pies;
pero al entrar nos hirieron
y esclavo y señor cayeron.

ILDICO

¡Ay, triste!

ZERCÓN

El señor después.
Él allí encontró la muerte;
yo la busqué, pero en vano.
De pronto siento tu mano
la mía estrechar inerte,
y explicarte no sabré
mi extraño presentimiento;
pensé en el niño al momento
y halleme al momento en pie.
Tú, aunque exánime, la presa
disputábasle a un gelón;
yo al comprender tu aflicción
quise auxiliarte en la empresa,
pero mi sangre manaba;
la angustia te consumía,
y en tan horrible agonía
el gelón se lo llevaba.
Siendo ya inútil luchar,
la guarnición esculpida
por el fuego enrojecida,
vi del acero de Aspar,

y sobre el hombro desnudo
de aquel ángel inocente
la marca puso candente
de vuestro bético escudo.
Luego al dolor sucumbí;
cautivo me desperté,
y aunque el mundo registré
jamás con su huella di.
¡Pero tú!...

ILDICO

¿Qué me preguntas?
¿Acaso en mi faz no ostento
que a calmar voy el tormento
de todas mis horas juntas?
¿No adviertes en mi semblante
cierta feroz alegría
que nadie inspirar podría
sino Atila agonizante?
¿En tu pecho no retumba
la ronca voz de mi encono
al gritar que subo al trono
para ver mejor su tumba?

ZERCÓN

¿Qué dices?

ILDICO

La rebelión
Roma protege, y hoy mismo
de la nada en el abismo
le arrojará la traición.
Un gozo siento infernal
al pensar que en breve plazo
tendré un puñal en mi brazo
y su vida en mi puñal.

ZERCÓN

¿Mas si esta noche al festín
debe suceder la muerte?...

ILDICO

En él con distinta suerte
verá el monarca su fin. (Con misterio.)
Junto a la gruta de Athel
de la Pannonia en la vía

hay un pastor, un espía;
toma este anillo; con él (Le da el suyo.)
dueño del oro te harás
que reclaman los alanos,
y de Ardarico en las manos
sin tardanza lo pondrás.

ZERCÓN

Sí; mas salgamos los dos;
¿de convencerte no hay arte?

ILDICO

Cállate, ejecuta, parte,
y que nos proteja Dios. (Vase ZERCÓN.)
No tiembles, mano, sé fiel
al vengar a los que gimen:
si verter sangre es un crimen
no es un crimen verter hiel.
De la conciencia insensata
no acallo el grito severo;
cuando le pregunto: ¿Hiero?
siempre me responde: ¡Mata!
¿Quién? (Viendo a ATILA.) (¡Mi víctima! Al furor
voy la máscara a poner.)
Madre serás; sé mujer:
anda a ganarte el honor.

Escena IV

ILDICO, ATILA.

ATILA

Reposo dando a la ficción funesta
que aquí me impuse de mi pueblo en nombre
del monarca la púrpura depuesta,
su pequeñez mostrando, llega el hombre.
¿Es cierto, di, que en la ilusión te meces
de mi sangre verter?

ILDICO

(Con fingida dulzura.) ¿Qué me preguntas?
Si a la fe del oráculo obedeces,
mi respuesta y tu fe no caben juntas.
ATILAJamás la conocí. ¿Piensas que al hado

mi indiferente condición perdona?
Un adorno es mi fe que entrelazado
en el cerco encontré de mi corona.
Mas responde: ¿es verdad que de mi muerte
sólo el anhelo tu conducta guía?

ILDICO

¿Y para qué inquirirlo?

ATILA

Por poderte
libertar del horror de la agonía;
porque en mi duro pecho con violencia
el amor encendiste con tus gracias.

ILDICO

¿Qué importa que se apague mi existencia
si al hacerme tu esposa el amor sacias?

ATILA

Importa, sí, que de letal quebranto
el corazón sucumbe bajo el peso,
y en ti no busco el voluptuoso encanto
que sólo dura el palpitar de un beso.
Vuela tan alto el pensamiento mío,
que sordo del placer al eco inmundo
paréceme que aliento en el vacío,
en el cual sólo tú formas mi mundo.

ILDICO

¿Tanto me amas?

ATILA

¡Oh! sí: fundo mis goces
en tu imagen soñar con rudo empeño:
quiero a veces vivir; me llamo a voces,
pero en mí ya no hay vida; todo es sueño.
Ámame por mi amor, no por venganza
sacrifiques tu ser y mi ventura.
Tu enojo al fin depón.

ILDICO

¿Y quién me lanza
el estigma feroz de esa impostura?

ATILA

Los oráculos.

ILDICO

Mienten.

ATILA

¿Y el encono
con que en tu faz brillando la delicia
las gradas escupiste de mi trono
al ir a Italia a demandar justicia?

ILDICO

¿Y cómo tú, para quien nada existe
secreto ante el poder de la mirada,
en mí el dolor de la mujer no viste
que se cree siendo amante despreciada?

ATILA

¿Qué prefieres? Repítelo: mi anhelo
entre la duda y la verdad vacila.

ILDICO

Pues ver te impide del pudor el velo,
yo le rasgo a tus ojos: te amo, Atila.

ATILA

¿Que me amas escuché? Supremo instante.
(Extasiado.)
¡Oh! ¡si tú el corazón verme pudieras!
Mas, ¿qué es esto que abrasa mi semblante?

ILDICO

¡Lágrimas! (Mirándole bañado.)
ATILA(Secándose las avergonzado.)
Es la verdad. Son las primeras.
Extraña condición, que de quebranto
se disfrace el placer. Yo no sabía,
hasta que al ser feliz corrió mi llanto,
que también hay dolor en la alegría.

ILDICO

Agitadas confúndense las heces
cuando su cáliz la pasión apura.
¡Si supieras, Atila, cuántas veces
se traduce en sonrisa amargura!

ATILA

¡Ildico mía! (Tratando de estrecharla entre su brazos.)

ILDICO

(Cruzando los suyos sobre el pecho.)

Si por él no alientas,

¿por qué amor me juraste, fementido?

ATILA

¿De él dudas? (Teniéndola estrechada.)

ILDICO

Sí, porque matarlo intentas

de un beso con el último latido.

¿Esclava o reina soy?

ATILA

Reina y señora.

ILDICO

Pues déjame ser digna de mi altura.

ATILA

Del insensato afán que me devora,

no me culpes a mí, si a tu hermosura.

ILDICO

Harás que estrecha cuenta te demande

de lo que iluso llamas tu heroísmo:

no digas que venciste nada grande

faltando que te venzas a ti mismo.

ATILA

¿Qué falta?

ILDICO

Nada. A tu valor me postro.

(En el colmo de la alegría.)

ATILA

Esta noche por fin, esposa mía...

ILDICO

(¡Esta noche matar!) (Con alegría.)

ATILA

¿Vuelves el rostro?

ILDICO

(Con aparente rubor.)

Trataba de ocultarte mi alegría.

ATILA

¡Cómo busca el espíritu agitado
colocarse a nivel de tu belleza!
Cuando vuelvo la vista a mi pasado
le hallo mezquino ante mi actual grandeza.
Trono y conquistas y poder y gloria
átomos son no más que barre el viento;
cien mundos lleno yo de tu memoria
con cada pulsación del pensamiento.
Impónme el sacrificio más terrible
y al punto tu ambición verás colmada.
Pídeme algo gigante, algo imposible:
vivir sin batallar: rompo mi espada.

ILDICO

Eso jamás: si mi pasión despiertas,
si estrechar ambiciono nuevo lazo,
si al entusiasmo al fin abrí las puertas,
¿de quién es hijo iodo? De tu brazo.
De ese brazo sin par, cuya pujanza
se recrea del orbe en el martirio;
porque tu sed de sangre y de matanza
la siento yo también.

ATILA(Con salvaje gozo.)

¿Sí?

ILDICO

Es mi delirio.
¡Cuánto debéis gozar en el instante
de ver la presa a vuestros pies rendida,
consultando el puñal como un cuadrante
que el límite encerrara de su vida!
(ATILA la escucha con interés creciente.)
¡Y al clemencia pediros y negarla!...
¡y al ahogar en insultos su lamento!...
¡y la mano al crispas, y al levantarla!
¿y el momento de herir? ¡Ese es momento!

ATILA

¿Y es tanto tu valor, que del acero
no oscilara al sentir el choque duro?

ILDICO

Si llega la ocasión, como lo espero,
tú mismo juzgarás, yo te lo juro.

ATILA

Tiemble la tierra, y a nutrir con llanto
de dos sañas se apreste el apetito.
Si sobrio me temió, ¿qué hará en su espanto
al saber que un banquete necesito?
Mas... corro a confundir en mis desprecios
de esa inmunda canalla la insolencia.
¡Con qué placer a los augures necios
arrancaré el perdón de su sentencia!
¡Fuerza es al fin partir, Ildico bella!

(Llegando a ella con los brazos abiertos. ILDICO para evitarlo se deja caer de rodillas.)

ILDICO

A tus plantas, señor, mira a tu esposa.
Vida le das.

ATILA

Porque mi aliento es ella.

ILDICO

Parte.

ATILA

Alas llevo. ¡Adiós!

ILDICO

Adiós.

ATILA (¡Qué hermosa!)

(Vase ATILA sin dejar de mirar a ILDICO, que a su vez finge seguirle con enamorada
vista.)

ILDICO

Corre, que tu existencia en el ocaso
el tibio resplandor último vierte:
corre, que cuanto más vuela tu paso
más deprisa te acercas a la muerte.

Escena V

ILDICO, ARDARICO, ZERCÓN, VALAMIRO, TEODOMIRO, VIDEMIRO.

ZERCÓN (A los que le siguen.)
Entrar podéis; ya partió:
Ildico, los conjurados.

ILDICO
¡Ah!

TEODOMIRO
¡Salud!

ILDICO
Salud a todos,
mis amigos, mis hermanos.

ARDARICO
Di; ¿contra cualquier sorpresa
prevenidos nos hallamos?

ZERCÓN
Seis hombres a la salida
de la gruta hay apostados
y dos acechan ocultos
en la mina del palacio.
Además, si en las tinieblas
hay que explorar, yo me encargo.
Mis ojos son dos antorchas.

ARDARICO
Pues el tiempo no perdamos
y cuentas demos del oro
que han recibido los campos.
Roma en Ildico está aquí
y Roma es también del pacto.

(Siéntase en el suelo alrededor del escabel de ATILA.)

Reyes todos sometidos
de Atila al potente brazo,
de su afán juguete somos,

de su poder tributarios.
Su odio nos lanzan los pueblos
al odiar a ese tirano,
y por corona ceñimos
el vil dogal del esclavo.
A hacer añicos el yugo
van hoy por fin nuestras manos.
¿Queréis ser libres?

TEODOMIRO
¡Sí! ¡sí!

ARDARICO
¿Juráis venganza?

TEODOMIRO
¡Juramos!

ARDARICO
Pues bien, de la rebelión
este es el plan, escuchadlo.
Mientras en festín nupcial
el rey y los dignatarios
solemnemente esta noche
nos hallemos congregados,
las auras de independencia
vendrán el rostro a besarnos:
del cuervo al primer graznido
que imitarán los alanos,
sabréis que ya somos dueños
de la guardia del palacio.
Dado el alerta, esperad
que suene de nuevo el canto;
entonces es que los gépidas
tienen el hurgo cercado,
y que rujos y ostrogodos
al trotar de sus caballos,
baten a las hordas hunas
sorprendidas en sus barrios.
Ese es el momento: caiga
cuanto nos impida el paso,
y al frente de las legiones
o triunfemos o muramos.

ARDARICO
¿Y quién al rey ha de herir?

TEODOMIRO

Deja esa empresa a mi cargo.

VIDEMIRO

No; que la suerte decida.

ARDARICO

Ved que os afanáis en vano.

Roma reclama ese honor.

VALAMIRO

¿Quién lo llenará?

ILDICO

Mi brazo.

TEODOMIRO

¿Tú?

ILDICO

¡Yo!

VIDEMIRO

¿Una débil mujer?

ILDICO

Judit lo fue en igual caso.

TEODOMIRO

Mas si a su fuerza sucumbes...

ILDICO

He dicho que mato... ¡y mato!

ZERCÓN

No temáis: mi previsión

se lo entregará postrado.

TEODOMIRO

¡Cómo!

(Se oye un silbido y todos se ponen en pie.)

ARDARICO

Pero esa señal...

TEODOMIRO
¡Una sorpresa!...

VALAMIRO
Partamos.

ARDARICO
Pronto: apagad esa antorcha.

(La apaga uno de ellos, quedando la escena en completa oscuridad.)

ZERCÓN (Se acerca al fondo.)
Un momento: no oigo pasos.
Ilusión sin duda fue.

ARDARICO
Tal vez, pero hablemos bajo
y a esta agitada asamblea
demos fin en breve plazo.
¿Decías?...

ZERCÓN
Que cual copero
del monarca, yo los vasos
custodio de que él se sirve,
en tosco leño vaciados,
y un narcótico mortal
en el fondo he derramado
que esta noche en el festín
irá su ser devorando.

ILDICO
Mas si es mortal, mi venganza
llegará tarde. Impidamos
que ese licor acreciente
en vez de enjugar mi llanto.

ZERCÓN
Escucha, aunque no hay antídoto
contra su terrible estrago,
tarda es la muerte en llegar,
mas la víctima al letargo
rinde las fuerzas y entonces...

ILDICO

¡Ah! ¡Comprendo!...

Escena VI

DICHOS, ATILA.

ATILA
¡La he salvado!

¡Qué tinieblas!
ILDICO
¡A luchar!

ATILA(¿A luchar?)

ILDICO
En breve espacio
vuestras penas y las mías
para siempre habrán cesado.

ATILA
(¿No está sola?)

ILDICO
Piensa iluso
que amor en mi pecho guardo
y que compartir un trono
voy de sangre salpicado.
¡Oh! no: la suya a raudales
verteré con odio insano.

(ATILA palidece de coraje.)

Y el hierro al blandir...

ZERCÓN
¡El Rey!

(Tapándola la boca con la mano y con un horroroso y apagado grito. Terror general, que se traduce por una inmovilidad completa.)

ARDARICO
Perdidos somos.

VIDEMIRO

¡Huyamos!

ILDICO

Venid; vuestro acento ahogad.

ATILA

(¡Miserables! ¡Hablan bajo!

¡Me han descubierto!)

ZERCÓN

Seguidme.

(Llevándolos a todos por la abertura.)

ATILA(¡Crujen armas!)

¡Ah del antro! (Dando gritos.)

¡Pronto! ¡Antorchas! ¡Aquí gente!

¡Ah del Rey! ¡Ah del palacio!

(Suenan el crujido de las armas por la abertura.)

Te hallaré.

(ARDARICO, que pasó el último, retrocede con ILDICO de la mano al ruido de las armas.)

ARDARICO

(¡Las armas chocan!)

ZERCÓN

(Aparte a ILDICO y ARDARICO, entrando por la abertura.)

(No os mováis, que peleando
nuestros parciales están;
pues sorprendidos se hallaron
al salir, por una guardia
de acatirras y hunos blancos.)

ARDARICO

(No hay remedio.)

ATILA

Te hallaré;

conduce el furor mis pasos.

ARDARICO

(Blande el puñal y dice aparte a ZERCÓN sin ser oído de ILDICO, cuya mano suelta.)

Zercón, es fuerza matar:

Tú que ves, llévame el brazo.

(ZERCÓN le toma de la mano armada y juntos van hacia ATILA.)

ATILA

(¡Por aquí siento pisadas!)

ILDICO

(¿Do están?) (Buscándolos.)

ARDARICO

(Aparte a ZERCÓN.) (Al pecho.)

ATILA(Llamando.)

¡Soldados!

¿Ninguno acude?

ZERCÓN (Guiando la mano de ARDARICO.)

¡Ahora hierre!

(ARDARICO asesta un golpe al pecho de ATILA, pero el puñal se rompe sin herir.)

ATILA¡Miserable!

(Le derriba al sentirse atacado y le sujeta con una fuerza hercúlea.)

ZERCÓN

(Mirando el puñal.) (¡Roto!)

ATILA

¿Acaso

contra asesinos mi cota

no templé?

ILDICO

(¡Qué oigo! ¡Ya alcanzo!...)

ATILA¡Un hombre!...

(Tratando de reconocer por el tacto a su asesino.)

¿Quién eres? di.

ZERCÓN

¡Silencio! (Aparte a ARDARICO.)

(¡Y yo desarmado

estoy!)

ILDICO (¡Me vendieron!)

(Desesperada al comprenderlo todo.)

ZERCÓN

(¡Ildico!) (Aparte a ella.)

Tu puñal.

ILDICO

¡Si el tuyo aguardo!

ATILA

¿No me respondes? Pues bien; (A ARDARICO.)

mientras al verdugo traigo

para enseñarle quién eres,

con este sello te marco.

(Desnuda su puñal y se lo deja clavado en lado izquierdo.)

Reyes, sacerdotes, pueblo...

¿Cuándo Atila llamó en vano?

(Vase dando desaforados gritos.)

Escena VII

ILDICO, ARDARICO, ZERCÓN.

ZERCÓN

Ven en su auxilio: le hirió.

ILDICO

¿Muerto?

ARDARICO

¡No, desesperado!

ILDICO

Va a volver.

ZERCÓN

¿Pero esta herida?...

ARDARICO

¿Qué importa? Primero huyamos.

ZERCÓN

¡Es imposible! Aún combaten.

ARDARICO

Pues aguardémosle impávidos,
y al entrar, a nuestras plantas
cadáver caiga el tirano.

ZERCÓN

No hay más acero que el tuyo
y hecho yace aquí a pedazos.

ARDARICO

Aún tenemos este.

ZERCÓN

¡Ah! ¡sí!

ARDARICO

Del hombro al momento arráncalo,
que en su desnuda garganta
de hundirlo en la sed me abraso.

ILDICO

Sublime ardor, pero inútil:
le cubrirán sus soldados.

ARDARICO

Las vestiduras destroza.
(ZERCÓN las desgarró y arranca el puñal.)

ZERCÓN

Bien se conoce su mano.
¡Mas cielos! ¿Qué ven mis ojos?

ARDARICO

¿Qué es ello?

ZERCÓN

No estoy soñando.

ILDICO

¡Habla!

ZERCÓN

¡El escudo de Aspar
sobre su espalda grabado!

ILDICO

¡Mi hijo!

ARDARICO
¿Qué escucho?

ATILA (Dentro.)
¡Seguidme!

ILDICO
¡Ah, Zercón! ¡sálvalo! ¡sálvalo!
¡Me lo viene a arrebatarse
cuando de encontrarle acabo!

ZERCÓN
¿Mas cómo?... (Buscando el medio.)

ARDARICO
¡Madre!

ATILA(Dentro, más cerca.)
¡Venid!

ILDICO
Hijo, no busques mis brazos,
que aquí cuando el gozo asoma,
ve al horror y huye espantado.

ZERCÓN
En esa abertura escóndete,
y cuando lleguen al antro,
sal como si tú con ellos
descendieras del palacio.
Toma y cúbrete.

(Dándole una especie de capote que lleva cruzado en bandolera.)

ILDICO
¡Zercón!...
¿Pero y después?

ZERCÓN
Los cristianos
miran al cielo y esperan.

ATILA
¡Ildico! (Más cerca.)

ILDICO
¡Verdugo!

ZERCÓN
¡Vamos!

(Llevándole a la abertura y desapareciendo por ella con él.)

Escena VIII

LOS MISMOS, ATILA, seguido de multitud de soldados, con las espadas desnudas y teas encendidas.

ATILA
Ildico... No, cruel; ese es tu nombre.
¿Cabe en tanta beldad tanta impudencia?
Pero sola te encuentro y busco a un hombre.
¿Dónde está ese traidor?

(ZERCÓN, al oír la pregunta de ATILA, sale de la abertura, recatándose de los soldados y clavándose en el hombro izquierdo el puñal que arrancó a ARDARICO, se presenta con los brazos cruzados a ATILA.)

ZERCÓN
¡En tu presencia!

(Movimiento general. ILDICO y ATILA abundan en el mismo asombro, aunque con diferente orden de ideas.)

ATILA
¿Tú fuiste?

ZERCÓN
Hable el puñal.

ATILA
Este es mi acero. (Pausa.)
A mis bodas te invito y a tu muerte.
Provoca, histrión, mis carcajadas; quiero,
pues tu sangre me das, corresponderte.
(ZERCÓN hace un signo de desprecio.)
Y tú a libar el adorante camos
ven, que el momento de tu fin retarda.

(A ILDICO.)

¡Alumbrad a la víctima! (A los soldados.) Partamos.

¡El funeral banquete nos aguarda!

(Abren paso, y ATILA, llevando de la mano a ILDICO y seguido de ZERCÓN, gana el fondo a la cabeza del cortejo.)

ACTO TERCERO

La explanada del palacio de ATILA. Un toldo multicolor, colocado a grande altura, se halla sujeto a las copas de los árboles, formando una especie de tienda que oculta el fondo, en el que se ven dos aberturas practicables. La vasta extensión de este recinto se halla rodeada de pequeñas mesas, separadas entre sí y provistas de los asientos correspondientes, para que en cada una quepan de cuatro a cinco personas. En el centro un estrado y la mesa y el *thalamus* de ATILA. Éste y todos sus dignatarios toman parte en el festín. Detrás de cada convidado habrá en pie un copero con un vaso de oro o plata, siempre servido. ZERCÓN llena este cometido junto al REY. Los esclavos con caprichosos trajes que acusen sus diferentes razas, colocan sobre las mesas grandes platos de metal precioso, cargados de manjares. La vajilla y los vasos de ATILA son de madera. Sentados sobre los ricos tapices, a un lado del proscenio, esperan el turno de sus espectáculos, el escaldo o poeta huno, los soldados, provistos de sus escudos para acompañarse en el canto, y las esclavas bizantinas con sus ropas talaras más vistosas, pero semejantes a las usadas por las *almés* egipcias. Multitud de flameros y antorchas sujetas a los árboles, iluminan la escena. Al levantarse el telón aparecen en primer término dos luchadores que acaban de dar fin al ejercicio, por lo que verase al vencido derribado y al vencedor poniéndole el pie sobre el pecho. Todos aplauden frenéticamente lanzando alaridos descompasados, y en su fisonomía y ademanes se observa el efecto de una desenfrenada embriaguez.

Escena I

ILDICO, ATILA, ARDARICO, ZERCÓN, VALAMIRO, VIDEMIRO, TEODOMIRO, el ESCALDO, SACERDOTES, SOLDADOS, ESCLAVOS, COPEROS, etcétera.

ATILA

¡Honra de ese titán al rudo empuje!

¡Gloria del vencedor, al brazo fuerte!

Un vaso de Medoc, veinte Filipos
y la manumisión su esfuerzo premien.

(Todos aplauden. Los luchadores se retiran.)

Nosotros a beber, que si en la sombra
quísome herir la ingratitud aleve,

de mi justa venganza el espectáculo
servirá de esplendor a mi banquete.
(Toma la copa de manos de ZERCÓN y la apura, dirigiéndose a sus dignatarios.)
¡Por vosotros!

TODOS

Por ti.

(Tomando las suyas de los coperos y devolviéndoselas después de vaciarlas, para que escanciando de nuevo, las tengan prontas para una nueva libación.)

ARDARICO (Aparte a los reyes, que están a su lado.)

¿Cómo pudisteis
la gruta abandonar?

TEODORICO (Aparte a ARDARICO.) (Dejando inertes
a aquellos miserables.)

ARDARICO (Ídem.)

(Mas... ¿dispuesta
la rebelión está?)

VALAMIRO (Aparte a ARDARICO.) (Veraslo en breve.)

ATILA

¿Es de fuego la atmósfera esta noche?

¡Qué terrible sopor! Dadme otro ambiente.

(Varias esclavas, con grandes abanicos de plumas, agitan el aire.)

VIDEMIRO (Aparte a los reyes.)

(Del tósigo mortal ya los efectos
que predijo el parásito se advierten.)

ATILA

No os detengáis: en eslabón continuo

la cadena tejed de los placeres.

Los cantos entonad de la Germanía

y a Bizancio sus danzas nos recuerden.

(Los soldados entonan un canto a voces solas, apoyando el borde superior de sus escudos contra el labio inferior a usanza de los germanos, que se valían de este medio para dar una vibración particular al sonido, y las esclavas bizantinas ejecutan a su compás una danza en la que, el movimiento de los pies, casi invisible, por sus ropas talares, es sustituido por una voluptuosa agitación de todo el cuerpo, que se termina en un desenfreno vertiginoso. Todos aplauden con entusiasmo.)

La libación repítase... ¡Mi copa! (Tomándola.)

No deis tregua al placer. ¡Escancia, imbécil!
(A ZERCÓN.)

Dignatarios y pueblo: en las batallas
o vencer o morir. (Apurando su copa.)

TODOS (Haciendo lo propio.)
¡Victoria o muerte!

ATILA

Escaldo, avanza. Al prodigioso numen
dile que inspiración vierta a torrentes.
El suspiro apagad; todo enmudezca:
sólo su acento los espacios llene.

(Todos se imponen silencio y escuchan con avidez. El ESCALDO gana el centro, y en una actitud inspirada entona con gran fervor el siguiente himno:)

ESCALDO

Cual su melena lanzada al viento,
de sus rugidos marchando al son
y de matanza su diente hambriento,
la virgen selva cruza el león;
al sol retando su audaz pupila,
sangre pidiendo su espada y él,
la fértil tierra devasta Atila
ciñendo el flanco de su corcel.
Cuando los hunos en son de guerra
su aliento aspiran batallador
y al entusiasmo que el pecho encierra
se forja el rayo de su valor,
nubes parecen que cual montañas
por los espacios rodando van,
llevando antorchas en las entrañas
y por quejidos el huracán.
La lucha empieza; las rizas crines
el bruto azota contra el arnés,
cuando al estruendo de los clarines
suelta la brida parten sus pies;
mientras los dardos vertiginosos
del cielo rasgan el leve tul,
como esos astros que luminosos
llenan de surcos el aire azul.

(Imitando con la acción el correr de las estrellas erráticas.)

Ya confundidos los escuadrones

la muerte avanza del hierro al son,
y sobre vidas hechas girones
sangriento callo planta el trotón.
Y entre las llamas y entre los ecos
de los gemidos avanza Athel,
a quien el triunfo sobre los flecos
de su bandera puso el laurel.
Como del campo la sed ardiente
gota de lluvia viene a templar
y entre sus venas se cambia en fuente,
de fuente en río, de río en mar:
de Escitia a Italia tejiendo un lazo,
el culto a Persia llevó de Ares;
miró a Occidente, tendió su brazo
y el mundo, Atila, rindió a sus pies.

(Todos aplauden frenéticamente. El ESCALDO se retira. ATILA avanza, dejando ver desde ahora hasta el momento de su postración los efectos progresivos del veneno.)

ATILA

Bien me cantaste; yo soy
quien ejerce ese dominio;
yo, que siembro el exterminio
por donde quiera que voy;
porque con mi saña acerba
peso tanto en mi caballo,
que allí donde él pone el callo
no vuelve a crecer la yerba.
Pero... Este extraño sopor
que me embarga los sentidos...
Mis miembros entumecidos
van perdiendo su vigor,
y tan confusa acudir
siento la idea a mi mente,
que le pregunto al presente
si es pasado o porvenir.
¿Sois vosotros, no es verdad,
los testigos de mis bodas?
Pero ¡qué caras! En todas
se pinta la gravedad.
Deponedla de una vez
dando entrada en vuestro seno
al sublime desenfreno
de la hermosa embriaguez.
Miradme a mí: yo que hiqué
veinte reyes de rodillas

y al pasar setenta villas
a las llamas entregué;
yo, que al odio universal
la espada desnuda opongo,
yo, Atila, el cetro depongo
por el tirso bacanal.
Librando al dolor batalla
del vértigo en los confines
eclipsemos los festines
de Nerón y Caracalla:
devoremos los instantes
hasta agotar el licor
al frenético clamor
de sátiros y bacantes;
y entre música sonora,
los labios de amor felices
empañando los matices
de las perlas de Basora,
cuando del sueño al compás
sus alas pliegue la orgía
soñémosla todavía
porque se prolongue más.
Resuene un himno en mi honor
que la tristeza destruya.
Esposa, la vez es tuya:
canta ¡oh cisne! tu estertor;
inspira tu pensamiento.

(Óyese un formidable graznido. ATILA se interrumpe. Los demás dejan ver en su semblante la diferente impresión que les produce.)

Mas... ¿ese ruido?...

LOS REYES (Entre sí.)

¡El alerta!

ILDICO (Aparte.)

¡Despierta, valor, despierta,
que se aproxima el momento!
ATILA¡Fue un graznido! Es singular
cómo el cuervo inteligente
el fin sangriento presiente
que voy al festín a dar.
(Mirando a ILDICO y a ZERCÓN.)
¡Fue previsión!

ILDICO

¡Mucha! ¡Mucha!

ATILAYa que el morir no te espanta,
no te detengas y canta.

ILDICO

Pues tú lo quieres, escucha.

En un extenso confín
como el que tu mano abarca,
cual tú, un excelso monarca,
como este honraba un festín.

Era el banquete nupcial;
el rey, como tú, tirano,
el esplendor soberano,
la embriaguez infernal.

De pronto las ricas galas
que envolvían al protervo,
llenó de sombras un cuervo
con el manto de sus alas;
y al lúgubre y triste son
que produjo en el palacio,
se heló el aire del espacio
al miedo del corazón.

-«¿A quién buscas de esta suerte?...»
preguntó el monarca grave.

-«¿Quién te trajo?»- Y dijo el ave
con un graznido: -«¡La muerte!»

Y a todos aquel acento
sumiendo en letal desmayo,
para no atraerse el rayo
todos ahogaron su aliento.

La víctima al fin marcó
el capricho omnipotente,
y tanta cobarde frente
su fiereza recobró;

sólo el ave carnicera
batiendo las densas brumas,
volvió a agitar de sus plumas
la tremolante bandera;

y ante la atónita grey
de aquellos podridos seres
al gritarla: -«¿A quién prefieres?»-
respondió sañuda -«¡Al Rey!»

(Señalando a ATILA. Asombro general.)

ATILA

¿Al Rey? ¡Necio es tu furor!
Mi carcajada te advierte
que no has de vengar tu muerte
despertando mi terror.
Te juro que no verás
tu predicción satisfecha.
Voy a mandarle una flecha
para que no cante más.

Escena II

LOS MISMOS, el SOLDADO .º, trayendo maniatado a FLAVIO.

SOLDADO

¡Plaza!

ATILA

¿A quién?

SOLDADO

A este traidor,
que sirve a tierras remotas
de espía, bajo sus rotas
vestiduras de pastor.

ILDICO

(¡Flavio!) (Reconociéndole aparte.)

ARDARICO

(Ídem a los REYES.) (¡Si habla nos perdemos!)

ATILA

¿Qué prefieres? (Al SOLDADO.)

SOLDADO

Yo le he visto
predicar la fe de Cristo,
y en los cuarteles extremos
el oro verter cuitado;
y, Rey, cuando el oro brilla,
ni el muro guarda la villa
ni tiene escudo el soldado.
Un formidable graznido

hace poco el viento hirió;
el cuervo lo cacé yo, (Por FLAVIO.)
ahora tú sorprende el nido.
ATILA(Mirando a ILDICO y a ZERCÓN.)
Descubrir juzgo el arcano
que su vil conducta encierra.
¿Cuál es tu patria? (A FLAVIO.)

FLAVIO
¡La tierra!

ATILA
¿Tu nombre, infame?

FLAVIO
¡Cristiano!

ATILA(Con furor creciente.)
¿No tienes cómplices?...

FLAVIO
Sí.

ARDARICO (Aparte.)
(¡Nos vende!)

ATILA(Presentando a ILDICO y a ZERCÓN.)
¿Son estos?...

FLAVIO
¡No!

ATILA
¿Dónde están?

FLAVIO
Dónde iré yo
cual víctima tuya. Allí. (Por el cielo.)

ATILA(Fuera de sí.)
Donde cantaste darás
tu ¡ay! postrimero al espacio;
(Al SOLDADO.) pero matadle despacio,
a fin de que muera más.
Tú, Zercón, la misma suerte
ve a correr.

ILDICO (Aparte.)
(¡Ah!)

ARDARICO (Ídem.)
(¡Se perdieron!)

ATILA
Los que el crimen compartieron
que se repartan la muerte.

ILDICO (Aparte a los REYES.)
(Es fuerza salvarlos.)

REYES (Aparte.)
(¡Sí!)

ARDARICO (Aparte.)
(Mas no han repetido el canto.)
Salid vosotros; yo en tanto
ganaré instantes aquí.

ATILA(A los REYES.)
Marchad a imponer mis leyes
pero ved que en mi furor
cada soldado traidor
cuesta la cabeza a un rey.

ARDARICO (A ATILA.)
Antes de que a tu sentencia
dé el verdugo cumplimiento,
presta a solas un momento
a mis palabras audiencia.

ATILA (Al séquito.)
Salid. Pero el sacrificio
disponed en el palacio.
Hay que orear este espacio
con la sangre del suplicio. (Retíranse todos.)

Escena III

ATILA, ARDARICO.

ARDARICO

Puesta en el polvo la frente
llamando a tu compasión
vengo a implorar el perdón
de una víctima inocente;
pues del crimen la doblez
más a la justicia insulta
cuando en los pliegues se oculta
del manto augusto del juez.

ATILA

No alcanzo por quien tu boca
prorrumpe en gritos de gracia.
Si es por Ildico, tu audacia
se estrella contra una roca.
La muerta ilusión que escondo
abrió abismo tan profundo,
que en él despeñose el mundo
y aún rueda sin hallar fondo.
Mi esperanza hundió en el lodo.
Justo es vengarme. ¡Que muera!

ARDARICO

¿Y si te amase?

ATILA(Arrebatado por la esperanza.)

La diera
mi perdón, mi cetro, todo.
(Con ansiedad creciente.)
Mas ¿es por Ildico amante
por quien tu clemencia imploras?
Responde.

ARDARICO

No.

ATILA(Con profundo sentimiento.) ¡Cuántas horas
de ansiedad tiene un instante!
¿Qué vida defiendes? Di.

ARDARICO

La de Zercón.

ATILA

¿Mi asesino?
Si no estáis loco, imagino
que haces escarnio de mí.

ARDARICO

No fue tu esclavo el que alzó
su puñal contra tu pecho.

ATILA

¿Quién entonces? (Asombrado.)

ARDARICO (Aparte.)

(¡Aún no han hecho
la señal!)

ATILA

Su nombre.

ARDARICO

Yo.

ATILA ¡Mientes! (Recordando que vio a ZERCÓN herido.)

ARDARICO

¿Qué mano homicida
de esta mano el golpe iguala?
(Adivinando la duda de ATILA y abriendo sus vestiduras para dejarle ver la herida.
ATILA la observa.)

ATILA

¡Sí! Me acusa el ay que exhala
la ancha boca de esa herida.
(Brotó en ATILA la primera sospecha de celos.)
¿Tú asesino? ¿Y con qué intento
diste abrigo a tal demencia?

ARDARICO

Por librar una existencia
que es de mi existencia aliento.

ATILA

¿Por Ildico? (Estallando.)

ARDARICO

Sí. A su suerte
mi egida ferrada puse.
Vi a la muerte y me interpuse
entre la vida y la muerte.

ATILA

Cuando la gloria del trono
la artera traición disputa,
vencida la sierpe astuta
la desprecio y la perdono;
mas cuando el crimen de amor
viene a usurparme el dominio,
no me basta el exterminio
de que es un rey poseedor.
Quisiera ser Dios, crear,
y ambas potencias unidas,
matar, para dar cien vidas
y volverlas a quitar.

ARDARICO

¡Calla!

ATILA(Desenvainando su acero y amenazando a ARDARICO.)

El enojo recibe
que mi indignación destila.

ARDARICO

Ildico es mi madre, Atila.

ATILA

¡Ah! ¡Tu madre! Entonces vive.

(Como asaltado por una idea que le infunde la esperanza de ser amado de ILDICO.)

Di: ¿te ama mucho? (Prosiguiendo en su idea.)

ARDARICO

No alcanza
ningún amor tanto extremo.

ATILA(Aparte con la mano en el corazón.)

Siento aquí una voz y temo
que pueda ser la esperanza,
pues aprendí por mi daño
que en lucha de amor maldita
cuando una esperanza grita
es que aborta un desengaño.
(Llamando a varios guardias, que se presentan.)
¡Guardias! A este rey traidor
en prisiones custodiad:
dése a Zercón libertad
y muerte lenta al pastor.
A la reina prevenid

que hablarla a solas intento.

(A ARDARICO.) Todo pende de un momento.

ARDARICO

Le espero ansioso.

ATILA

Salid.

(Vanse ARDARICO y los guardias. ATILA no puede dominar su impaciencia.)

Choca el ariete en el muro,
piedras el hierro traspasa,
mas no hay quien rompa la gasa
que nos vela lo futuro.
¡Robárale al tiempo instantes!

(Ve a ILDICO junto a sí; cambia de idea y dice aparte.)

Y ahora clavara sus pies,
pues son recuerdos después
las que esperanzas son antes.

Escena IV

ATILA e ILDICO, al final FLAVIO, dentro.

ATILARozando el borde de tu propia huesa
(Con temor y ansiedad.)
y el vacilante pie sobre ella puesto,
mide mi voz lo que aún callando expresa:
ámame y eres libre. (Pausa.)

ILDICO

Te detesto.

(ATILA al oír a ILDICO reprime su dolor; pero al fin estalla con la pérdida de su última esperanza y dice con lágrimas de desesperación.)

ATILA

¡Y a mí me llaman rey! ¡Cálidas, lentas,
en vano ahogar mis lágrimas ensayo!...
lluvia son que del alma en las tormentas

manda el dolor a preceder al rayo.
Precio al término pon de tanto encono.
Habla; a tu voluntad me rindo inerme.
Para elevarse en tu cariño un trono,
¿qué le exiges a Atila?

ILDICO
Merecerme.

ATILA
Si merecer es signo de victoria,
mira y responde si el laurel no es mío:
(Irguiéndose.)
en pie estoy bajo el peso de la gloria
(Arrodillándose.)
y a tus pies bajo el peso del desvío.

ILDICO
Te engañas; de tu vida en la penumbra
ves coloso al reptil. Aprende, Atila,
que el fuego del amor llama es que alumbra
y tu grandeza es fuego que aniquila.
De ti propio enemigo es tu renombre;
lazos de maldición por él te oprimen.
Yo no aborrezco a Atila por el hombre;
le execro como espíritu del crimen.

ATILA(Tras breve lucha y decidiéndose por la amenaza.)
Cederás por la fuerza. A mi pujanza
¿qué eres? Átomo vil que el mar azota.

ILDICO
Cuando hasta el cielo el mar sus ondas lanza
se hunde el bajel, pero la arista flota.

ATILA
Yo sé las rocas convertir en llanos.
Ya no imploro tu amor, tu amor exijo.
La vida de Ardarico está en mis manos:
un cetro te vendí, cómprame un hijo.

(ILDICO lanza un grito, mide a ATILA con la mirada y le dice con arrebató frenético.)

ILDICO
Que aún puedo odiarte más dice ese pacto.
No hay fuerza, Atila, que a tu fuerza cuadre.

Hasta mi odio es fecundo a tu contacto;
estéril te le di, le has hecho madre.
(Aparte.) (Es preciso matar.)

ATILA(Siempre alimentando una esperanza.)
¿Qué me respondes?

ILDICO
Que mi vida vendí por el desprecio;
mas ya que avaro mercader escondes,
la suya doy también. Te doblo el precio.

ATILA
(Conduciéndola a uno de los lados de la tienda para mostrarle el sacrificio de FLAVIO.)
Pues ven y mira. (A los que se suponen fuera.)
¡Empiece el sacrificio!
(A ILDICO.) Sigue de ese pastor la angustia lenta,
finge al ser de tu ser en el suplicio
y amor pronuncia aunque tu labio mienta.

ILDICO
¡Te execro!

ATILA
(Fuera de sí.) ¡Basta!
(A los de fuera.)
Que el empuje rudo
del tormento prolongue su agonía.

VOZ DE FLAVIO
César, voy a morir, yo te saludo.
El ay recoge que mi voz te envía.
(Suena el canto del cuervo. Principian en lontananza los gritos de la insurrección, que
irán en aumento hasta el fin de la obra.)

ILDICO (Aparte.)
(¡La señal!) (En el colmo de la alegría.)

ATILA(Mirando afuera.)
Mas... ¿do van mis escuadrones?
¿Qué indica ese crujir de los aceros?

ILDICO
Es que arrastran tu púrpura a girones
al compás de tus ayes lastimeros.

ATILA

¡Maldición! Con mi espada rutilante
corro ante la traición a abrirme paso.
Mientras dura del sol el curso errante
es el rey de la luz hasta en su ocaso.

(Blande su espada, pero al esgrimirla cae postrado en el suelo, presa del tósigo. ILDICO le mira insultante y desnuda un puñal que lleva oculto.)

Mas... ¿qué es esto? ¡Mi empuje me abandona!
Circula por mi frente un sudor frío.
Yo no quiero morir sin mi corona,
sin tu amor, sin venganza, en el vacío.

ILDICO

Ya estamos frente a frente: ¡cuál contrasta
con esa postración tu valentía!
¡Muere, fiera, a mis manos! Mas no basta:
prolongar necesito tu agonía.

ATILA

Es tu saña infernal.

ILDICO

No se me oculta,
mas no hay poder que mi furor contenga.
El que pretende herir, si antes no insulta,
asesina, es verdad, mas no se venga.
Mi enojo, Atila, por mi voz te ofrece
ser digno de tu infamia en tal instante.
Contempla este puñal. ¡Cómo estremece
ver un filo sutil y penetrante!
Al mirar que en la diestra se levanta,
al saber que se agita en el vacío,
al apoyar su punta en la garganta,
Atila, ¿no es verdad que sientes frío?
¡Muere!

ATILA

No sin tu amor, ¡ay de mí triste!

ILDICO

¡Cuál del miedo apurar te hago las heces!
¿Pensando que iba a herir te estremeciste?
¡Qué feliz soy! ¡Te mataré dos veces!
(Gritando a los de fuera.)

Aquí todos, llegad, oh mis amigos.
Deponed un instante la fiereza.
Va a sucumbir el crimen: sed testigos
del fragor con que se hunde esta grandeza.

VOZ DE FLAVIO
Cristiano, Atila, soy.

ILDICO (A FLAVIO.)
¡Valor, hermano!
¡Voy a vengarte, mi puñal lo abona!

VOZ DE FLAVIO
(Estentórea y llena de inspiración.)
¡Detente! Le perdono. Soy cristiano
y no es digno de Dios quien no perdona.

(ILDICO, al oír esta frase, deja caer su puñal, se cubre el rostro con las manos y exclama
puesta de rodillas.)

ILDICO
¡Señor! ¿Y yo en mis preces solitarias
te osé invocar? Si redención es llanto,
deja que envuelta en líquidas plegarias
yo me esconda de mí. ¡Me doy espanto!
(Rompiendo a llorar arrepentida.)

ATILA
Ni le debo a tu saña mis despojos,
ni al alcázar de amor abres la puerta.
Al calor que despiden mis enojos
parece que mi espíritu despierta.

ILDICO
¡Perdón!

ATILA
Se inyecta en sangre mi pupila
y en vano en mi impotencia me retuerzo.
(Lucha como un desesperado y logra blandir el puñal que arrojó ILDICO.)
Pero... blandí el puñal... Aún soy Atila;
acúdeme, valor; haz otro esfuerzo.

VOCES
¡Muera Atila!

ILDICO

¡Qué horror!

(ATILA consigue ponerse en pie.)

ATILA

¡Supremo instante!

Ya se dilatan mis dormidos brazos.

Aún podré con mi aliento de gigante

recoger de mi imperio los pedazos.

(Dirigiendo su voz a los de fuera.)

¡Hunos! ¡Valor! El formidable acento

que del orbe en los ámbitos retumba

eco es de infamia que repite el viento

al chocar contra el borde de mi tumba.

Escena V

DICHOS, el SOLDADO 5.º, seguido de varios hunos, que traen prisionero a ARDARICO.

SOLDADO

He aquí a un traidor que libertad buscando

cedió al empuje de mi rudo choque.

El derecho de herirle te demando.

ILDICO

¡Hijo del corazón! (Corriendo a él.)

ATILA(Con voz atronadora.)

Nadie le toque.

SOLDADO

Triunfaron los rebeldes. ¿Qué meditas?

ATILA

Un modo grande de bajar del trono.

(Se acerca a ARDARICO llevando en la mano el puñal que recogió del suelo. Apoya su punta sobre el pecho de aquel y dice mirando a ILDICO.)

¡Toda esperanza a mi pasión le quitas!

¡Me desprecias! ¡Me vengo! Le perdono.

(Echa a ARDARICO en brazos de su madre.)

VOCES
¡Victoria!

SOLDADO
¡Ya se acercan!

ARDARICO
¡Madre mía!

ATILA(Aparte.)
(El fuego extingue en que de enojos ardes.)

VOCES
¡Victoria!

ATILA(Aparte.)
(No prolongues tu agonía.)

VOCES
¡Muera el rey!

SOLDADO
¡Aquí están!

ATILA(A los conjurados.)
¡Atrás, cobardes!
(La tienda que cubre el fondo cae hecha añicos y deja ver el palacio de ATILA y el burgo presa de las llamas. Mujeres suplicantes, vencidos aherrojados y vencedores en la embriaguez del triunfo completan el cuadro.)

Escena última

DICHOS, ZERCÓN, LOS REYES, CONJURADOS, etc.

ATILA
(Después de haber hecho retroceder a los conjurados con la voz y con la mirada, dice a todos con desprecio:)

No cedo a la traición; el Rey lo jura,
de amor me rindo a la mortal zozobra.
(Dirigiéndose a ILDICO.)
¿Obstáculo es mi vida a tu ventura?
Tómala, te la entrego; a mí me sobra.

(Se hiere y cae en los brazos de ARDARICO y ZERCÓN teniendo a su lado a ILDICO.)

TODOS

¡Ah!

ATILA

Y en el odio que tu horror destila
el cadáver envuelve de tu esposo.

ILDICO (Llorando.)

Tu ayer purificaste: ¡te amo, Atila!

ATILA

¿Que me amas? Muerte, corre. ¡Soy dichoso!
(Poseído de una alegría indescriptible.)

ZERCÓN

¡Perdón!

ATILA

El tuyo.

ARDARICO

Si borrar la huella
del crimen puede el llanto, ve el que vierto.
ATILA(Imponiéndole silencio, ya agonizante.)
No interrumpáis mi dicha. Pienso en ella.
¡Me ama!... Ya tengo un Dios. (Muere.)

ILDICO

(Pone la mano sobre el corazón de ATILA. Éste da un sacudimiento y queda rígido.)

¡Atila ha muerto!

(Todos se prosternan silenciosos.)

FIN